

Prefacio del editor

El pueblo evangélico latinoamericano vive grandes cambios en estos últimos años. Estos también se producen en su concepción de la liturgia. La centralidad de la música, el desarrollo de nuevos gestos y dinámicas grupales, acompañadas de una considerable reducción del estudio bíblico, son características positivas y negativas de nuestros cultos. Dichas prácticas o énfasis han generado una serie de crisis dentro de las comunidades de fe. Perspectivas más racionalistas manifiestan serios conflictos con formas emotivas y sensuales de encontrarse con Dios. Círculos de liderazgo caudillista y carismático desarrollan prácticas funcionales a sus objetivos pragmáticos sin advertir sus implicancias en el discipulado cristiano. Detrás de muchas de estas prácticas nos encontramos también con nuevos criterios para evaluar la espiritualidad, y más puntualmente, el sentido de la vida cristiana.

Mientras que hasta hace unos años las iglesias se preocupaban tan sólo en tener un músico o alguien que dirigiera algunas canciones, hoy «el ministro de adoración»,

como se le suele llamar, ocupa un rol central no sólo en el culto sino también en la organización de la iglesia. Es llamativo cómo la música, las coreografías, las dramatizaciones y las decoraciones del lugar desempeñan un papel cada vez más importante en la comunicación del evangelio. ¿Qué significa todo esto para el quehacer teológico, la espiritualidad y la vida de las comunidades de fe? ¿Estamos siendo testigos de nuevas formas de comprender a Dios y de vincularse con él? ¿Se trata de «nuevos» acercamientos o de la «liberación» de unos que habían sido «encarcelados»?

Por «lugar teológico» nos referimos a la situación de vida y de muerte en la cual la comunidad de fe interpreta la presencia de Dios en la historia y su relación con su creación. Se refiere a la ubicación socioeconómica, cultural, política y religiosa desde la cual reflexionamos las Escrituras y seguimos a Jesucristo. A partir de una concepción holística del ser humano, comprende el quehacer teológico como labor racional y emocional, como praxis, como vivencia individual y comunitaria. El lugar teológico es una opción de vida en un sistema mundano hostil a los propósitos del Reino de Dios. En este sentido, afirma que toda labor teológica tiene una carga subjetiva que debe explicitarse a fin de armonizarla con aquella desarrollada por Jesucristo. Por cuanto el ser humano es esencialmente un ser relacional, le es imposible separarse del mundo del cual forma parte. De allí también que los llamados «medios» de la celebración litúrgica (música, dinámicas grupales, gestos, vestimenta, decoración, momentos, etc.) deban ser considerados como «contenidos» y, en vista a esto, analizados críticamente desde la teología cristiana. Mientras que en la teología evangélica la-

tinoamericana nos hemos preocupado por la contextualización de la misma, no nos hemos detenido lo suficiente en el análisis de este lugar teológico. Esperamos que este libro abra puertas hacia el diálogo.

La Fraternidad Teológica Latinoamericana (FTL) en Argentina, en su núcleo de la Ciudad de Buenos Aires, desarrolló durante el año 2003 encuentros de reflexión en torno al tema «*La Celebración Litúrgica como lugar teológico*». No hemos podido recopilar por escrito las ricas discusiones que sostuvimos en los mismos. Pero queremos compartir con ustedes las presentaciones escritas sobre las cuales giraron esas discusiones. Los hermanos que participaron con sus presentaciones representan un espectro variado de las tradiciones evangélicas (presbiteriana, bautista, metodista y aliancista). A su vez, reflejan una diversidad de instituciones de formación teológica, musical y psicológica (Instituto Universitario ISEDET, Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, Seminario Internacional Teológico Bautista de Buenos Aires, Instituto Bíblico Buenos Aires, Universidad del Salvador, Conservatorio Provincial «Juan José Castro»). Desde esa realidad, en un espíritu de diálogo y de mutuo enriquecimiento, quisimos oírnos, criticarnos y aprender comunitariamente. Aunque no tuvimos la bendición de contar con un ponente que fuese miembro de una iglesia pentecostal, sí contamos con sus aportes en nuestros encuentros, que se ven reflejados en la revisión de los trabajos finales aquí publicados.

Queremos hacer una mención especial: nuestro hermano, el profesor Roberto Casino, quien participó activamente en nuestros encuentros y que falleció en el transcurso del año. Roberto fue un creyente que por más

de 30 años incentivó el crecimiento de la vida litúrgica en el pueblo evangélico argentino. Sobre todas las cosas, antes que músico, arreglador, compositor y pedagogo, fue un adorador.

Deseamos que este libro nos enriquezca como cristianos en la vida litúrgica. Que el Dios trino nos inspire y nos guíe en la necesidad de seguir creciendo en amor y adoración en medio de nuestra realidad latinoamericana.

Juan José Barreda Toscano

Coordinador del núcleo en la Ciudad de Buenos Aires
Fraternidad Teológica Latinoamericana en Argentina